

La cruz del papa Juan Pablo II en el predio de La Pasión del cerro de la Estrella, alcaldía Iztapalapa, Ciudad de México

Jorge de León Rivera *

Atrio

¿Cuál es el origen de la veneración a la Santa Cruz? Se remonta al siglo III (año 292), cuando la emperatriz Elena, esposa del emperador Constancio Cloro y mujer de extraordinaria virtud, perseguida por la idea obsesionante de encontrar la Cruz de Cristo, pidió a su esposo la autorización para demoler el gran templo dedicado a uno de los dioses del imperio romano, construido justo en el monte Calvario, pues estaba segura de que encontraría la reliquia bajo el mismo. Conseguida la autorización, movilizó muchos obreros y, en efecto, bajo los escombros hallaron no una, sino tres cruces; dedujeron así que una debía corresponder al Salvador y las otras, a cada uno de los ladrones crucificados junto con él.

¿Cómo saber cuál era la Cruz de Jesús? Una idea pasó por la mente de la emperatriz Elena: mandó que llevaran ante su presencia a un difunto que estaba próximo a ser sepultado, lo fueron colocando sobre cada una de las cruces encontradas, y al tocar una de éstas, recobró la vida. No había duda ya: ésa era la verdadera Cruz en que murió el redentor del mundo. Por esa razón la emperatriz Elena fue canonizada y se le venera como santa Elena de la Cruz.

A la muerte de Constancio Cloro, su hijo Constantino fue proclamado emperador, quien pronto sería testigo de un gran prodigio: marchaba hacia Roma con sus tropas listas para enfrentar a Majencio, quien aspiraba al gobierno del Imperio romano y cuyo ejército era muy superior. Constantino consideró que necesitaba una ayuda extraordinaria, pidió este auxilio al Dios de los cristianos y su oración fue atendida. Ese día, hacia la puesta del sol, a la vista de todo el ejército apareció en el cielo una cruz luminosa con la inscripción *IN HOC SIGNO VINCES* (“Con este signo vencerás”).

Esa noche Cristo se le apareció en sueños a Constantino y le pidió hacer un lábaro, tomando como modelo la cruz que se le había aparecido, para que lo llevara en

* Cronista de Iztapalapa y director del Museo del Fuego Nuevo (fuegonuevo98@hotmail.com).



Devoto del papa con ofrenda floral, posando junto a la Santa Cruz. **Fotografía** © Jorge de León Rivera.

todas las batallas. Así lo hizo el emperador: Majencio fue derrotado y en su huida se ahogó en el Tíber. Como prenda de su victoria, desde aquel día Constantino mandó poner la cruz como remate de su corona, lo mismo que en las banderas y en lo alto del Capitolio. Como primer acto de gobierno, promulgó el Edicto de Milán (año 313), por el cual se concedía a los cristianos la libertad de culto y se les restituyeron las iglesias y otras pertenencias de que habían sido despojados. Se deduce que quienes demolieron el templo y sacaron de los escombros la Santa Cruz fueron trabajadores de la construcción, y ése es el motivo por el que estos obreros, desde tan distantes ayeres, la consideran como algo muy suyo.

En el siglo VII, el monarca persa Cosroes II emprendió la conquista de las provincias bizantinas orientales del Imperio Romano de Oriente, en el año 611, y con un poderoso ejército arrasó Siria y Jerusalén, que en 614 cayó después de 20 días de asedio.

La iglesia del Santo Sepulcro, erigida por Constantino, fue saqueada e incendiada. Los invasores se llevaron un gran botín en el que, entre otras reliquias, estaba la Santa Cruz, que Cosroes II condujo hasta Ctesifonte, la capital sasánida. Pocos años después el emperador bizantino Heraclio (610-641) salió de Constantinopla con un fuerte ejército y emprendió tres brillantes campañas contra los persas (entre 622 y 628), y así llevaron las armas imperiales de victoria en victoria hasta las puertas de Nínive. La Santa Cruz fue recuperada y, según relata el historiador armenio Sebeos en su *Historia del emperador Heraclio*, el basileo la llevó en persona hasta Jerusalén el 21 de marzo de 630. No sabemos por qué causa la Iglesia designó el 3 de mayo para celebrar la fiesta de la restitución de la reliquia. De estos acontecimientos se originó la devoción a la Santa Cruz, extendida por todo el mundo cristiano.

El Santo Madero

La madera con que la Cruz sería construida fue hallada por Seth, el hijo de Adán, en el Paraíso Terrenal; por Salomón en el monte Líbano; por la reina de Saba en el templo construido por Salomón, y por los judíos en el agua de una piscina. Sin embargo, la Cruz propiamente dicha fue descubierta por Santa Elena en el monte Calvario.

El hallazgo o invención de la Santa Cruz ocurrió más de 200 años después de la resurrección del Señor. En el *Evangelio de Nicodemo* se lee lo siguiente: “Estando Adán enfermo, su hijo Seth acudió a las puertas del Paraíso y pidió un poco de óleo del árbol de la misericordia para ungir con el cuerpo de su padre y procurarle por este procedimiento la salud. A su demanda respondió el arcángel san Miguel de esta manera: ‘No llores, ni te canses buscando óleo del árbol de la Misericordia, porque no lo obtendrás hasta que no hayan transcurrido cinco mil quinientos años’” (De la Vorágine, 1982).

Por otra parte se lee que el arcángel entregó a Seth un ramito o tallo y que lo mandó a plantarlo en el monte Líbano. En una historia apócrifa de los griegos se dice que el tallo que san Miguel dio a Seth procedía del árbol que sirvió de ocasión al pecado de Adán, y que, al entregárselo a Seth, el ángel le advirtió: “Cuando este ramito se convierta en árbol y fructifique, tu padre sanará”. La citada historia añade que, al regresar a su morada y hallar a su padre muerto, Seth lo enterró y plantó el tallo sobre su sepulcro; que éste prendió, creció, se convirtió en un corpulento árbol con el paso del tiempo y que duró hasta los días de Salomón. La historia referida añade que, cuando Salomón vio aquel árbol tan magnífico, mandó que lo cortaran y lo colocaran como viga en un palacio que a la sazón estaba construyendo, conocido más tarde con el nombre de Bosque del Líbano. Por su parte, Juan Beleth agrega:

Los constructores talaron el árbol, lo labraron en forma de viga y trataron de colocarla en algún lugar adecuado del edificio que estaban levantando; pero la viga no encajaba en parte alguna, porque en unos sitios resultaba corta y en otros demasiado larga. Como lo de larga tenía remedio, después de elegir un lugar que les pareció muy indicado para su emplazamiento, tomaron cuidadosamente las medidas y cortaron el trozo que sobraba; mas al tratar de ponerla donde habían pensado quedaron sorprendidos al comprobar que no era posible hacerlo porque la viga, pese al sumo cuidado que pusieron al medir y eliminar el trozo que sobraba, después de efectuar esta operación quedó escasa (De la Vorágine, 1982).

Este fenómeno se repitió varias veces. Al fin, cansados de tantos fracasos, decidieron prescindir de la viga como tal, y a modo de aprovecharla de alguna manera, la colocaron sobre un regato para que sirviera como pasarela a los transeúntes que tuvieran que cruzarlo. Años después, cuando la reina de Saba fue a Jerusalén para conocer al rey Salomón, de quien tan elogiosamente había oído hablar, al acercarse al regato y ver el madero que servía de puente, por súbita y sobrenatural revelación supo que en éste habría de morir el Salvador del mundo, y sobrecogida de respetuosa reverencia no osó hollarlo con sus pies, sino que lo adoró con devoción.

La invención de la Santa Cruz

La versión que da la historia escolástica en relación con la reina de Saba y la viga es un tanto diferente. Según ésta, la reina la vio colocada entre el maderamen del palacio del Bosque del Líbano, y antes de regresar a su tierra anunció a Salomón que algún día alguien sería colgado de aquel madero; también

le dijo que a causa de eso el reino de los judíos se vendría abajo. La historia refiere, además, que Salomón mandó retirarla y esconderla en las entrañas de la tierra, a mucha profundidad, y que pasado mucho tiempo, sobre el lugar donde fue enterrada se construyó la piscina Probática, donde los natmeos purificaban a sus víctimas. Agrega que las aguas de aquella piscina tenían propiedades curativas debido a que de vez en cuando descendía hasta ellas un ángel del cielo y las agitaba, y también a la presencia de la viga en el subsuelo de la piscina.

Según una tradición, poco antes de la Pasión de Cristo la viga apareció flotando en la superficie del estanque milagroso. Al verla, los judíos la retiraron de allí y luego la utilizaron para ensamblar con su madera la Cruz en que clavaron al Salvador.

Otra tradición asegura que la Cruz de Cristo estaba hecha con madera de cuatro árboles de diferente especie, a saber: de palmera, de cedro, de ciprés y de olivo. De ahí el verso que dice: "*Ligna Crucis, palma, cedros, cypressus, oliva.*/ Empleáronse en la Cruz cuatro clases de madera: de olivo, de ciprés, de cedro y de palmera."

Así pudo ser, ya que la Cruz constaba de cuatro piezas diferentes: dos de ellas, la vertical y la horizontal, formaban la cruz propiamente dicha, pero a ésta iban acopladas otras dos complementarias: un travesaño que servía como sedil para el cuerpo de Cristo, y un tronco donde iba incrustada la parte inferior del madero vertical. San Gregorio de Tours supone que el cuarto trozo de la cruz no fue este tronco, sino un tarugo convenientemente dispuesto y adaptado al sector vertical para clavar a él los pies del Señor. Acaso cada uno de estos cuatro trozos fuera de madera diferente; es decir, uno de palmera, otro de cedro, otro de ciprés y uno más de olivo. El apóstol san Pablo parece insinuar que en su construcción se emplearon cuatro piezas de distinta madera: "[...] para que con todos los santos podáis comprender cuáles fueron su longitud, su latitud, su altura y su profundidad [...]".

El ilustre doctor Agustín comenta así las palabras de san Pablo:

La latitud se refiere al madero transversal de la Cruz sobre el que se extendieron los brazos del Señor; la longitud, al trozo vertical que llegaba desde el suelo transversal; a este sector longitudinal sujetaron el cuerpo de Cristo desde los hombros para abajo; la altura tiene relación con la porción del madero vertical que quedaba por encima del horizontal y que servía para apoyar la cabeza; la profundidad de que hablé en el texto se refiere a la parte inferior del sector vertical que se hincó en el suelo y quedó oculta bajo la tierra.

Con base en esta disposición de la cruz se nos indican las características que deben tener todos nuestros actos humanos y cristianos: obrar siempre correctamente por amor a Jesucristo, abrazarnos firmemente a él, esperar los bienes celestiales y no profanar los sacramentos.

Este precioso árbol de la Cruz permaneció oculto bajo tierra por más de 200 años, pues ese tiempo transcurrió hasta que fue encontrado por santa Elena, madre del emperador Constantino.

En otras historias eclesíásticas se refiere que la autenticidad de la verdadera Cruz de Cristo se probó de esta manera: en la ciudad de Jerusalén agonizaba una mujer muy principal. El obispo Macario hizo

que colocaran a la enferma, ya desahuciada por los médicos, sobre cada una de las tres cruces, sucesivamente. El contacto de su cuerpo con dos de ellas no produjo efecto alguno, pero en cuanto la tendieron sobre la tercera, la agonizante abrió los ojos y de inmediato se levantó por sí misma, curada por completo.

San Ambrosio refiere más sencillamente la comprobación de la autenticidad de la verdadera Cruz del Salvador: relata que Macario, obispo de Jerusalén, la reconoció con facilidad por el letrero que Pilatos mandó clavar en su cabecera, el cual seguía en su sitio después de tantos años. Macario leyó lo que aquella tabla decía y de ese modo llegó al convencimiento de que aquella y no las otras era la Cruz del Señor.

La Santa Cruz en el Virreinato de Nueva España

Cuando Hernán Cortés desembarcó en las playas de Chalchicueyan fundó la Villa Rica de la Veracruz y su ayuntamiento, implantando —así, con este topónimo hispánico— el culto a ese signo. Desde los primeros tiempos de la dominación española comenzó a erguirse en la capital de Nueva España el símbolo de la redención en plazas, atrios y cementerios.

Aquella erigida por los franciscanos a fray Martín de Valencia en el cementerio de su iglesia alcanzó notable celebridad, pues era de tan elevadas proporciones que desde muy lejos la divisaban y servía como punto de referencia. Como por doquiera había cruces en la ciudad colonial, en 1539 se reunió una junta eclesiástica con el objetivo de acordar algunas medidas disciplinarias, la cual mandó que se derribaran muchas de las cruces ya existentes y comisionó a la Inquisición para la Herética Provedad y Apostatía al doctor Pedroza para reformar muchas que había en la calle sin la debida licencia. En esa época los poblados comenzaron a tomar el nombre de la Santa Cruz y se construyeron con esa advocación pequeñas ermitas, hoy convertidas en iglesias.

Como vestigio del pasado indígena, es frecuente que un lugar posea un topónimo doble o pareado —*tlapotilli* en náhuatl—, como Nonoalco-Tlatelolco o México-Tenochtitlan. Con la conquista se acostumbró anteponer al genómico autóctono un apelativo tomado del extenso santoral cristiano. Por eso, hasta la fecha tenemos poblaciones del Distrito Federal cuyo primer nombre se relaciona con el venerado madero, acompañadas de un genómico nahua; entre otras: Meyehualco, Atoyac, Acalpíxcan, Atenco, Acayucan, Coacalco, Tetetla, Amalinalco. También hay noticias de que durante el Virreinato, al iniciarse la construcción de un edificio o casa, se tenía por costumbre poner en los cimientos una cruz. Hoy en día los alarifes la colocan el 3 de mayo en lo alto de sus obras para que haga cabeza.

La veneración de la Santa Cruz en el cerro de la Estrella de Iztapalapa

La costumbre de poner una cruz en lo alto de un cerro viene desde la evangelización. Como sabemos, entre nuestras culturas prehispánicas existía la veneración por los montes, pues existía la certeza de que los dioses moraban en las alturas, en la cumbre de las montañas; por eso, una de las principales festividades era precisamente la Fiesta de los Montes. En Tenochtitlan se adoraba una montaña

que es parte de nuestro legado cultural: el Tonacatépetl o Monte de Nuestro Sustento, al que, según la leyenda, Quetzalcóatl fue conducido por la hormiga negra para enseñarle dónde tenía escondido el maíz, alimento de dioses y hombres.

Según Francisco Domingo de San Antón Chimalpain Cuauhtlehuanetzin, los olmecas situaban el Tamoanchan o paraíso terrenal en los montes Iztactépetl y Popocatépetl, y por esta razón se establecieron en un pequeño monte situado frente a éstos, llamado Chalchiumomoztli (“Altar de Jade”).

Al ver los misioneros la gran veneración que nuestros antepasados tenían por los montes, la aprovecharon para poner en la cima de éstos el signo de la nueva religión: la Cruz.

La Cruz de Juan Pablo II en el cerro de la Estrella

El Huizachtépetl, que en español conocemos como el cerro de la Estrella, es sin duda el paisaje más simbólico de Iztapalapa en nuestros días. Esta eminencia de 225 m de altura se alza y resiste como una ínsula dentro de la Ciudad de México, la décima urbe más poblada del mundo, la cual amenaza los vestigios arqueológicos y el medio ambiente del gran promontorio con el avance del crecimiento urbano.

Iztapalapa y Huizachtépetl conformaron antiguamente una península, cuando existían los grandes lagos de Texcoco y Xochimilco. Las evidencias materiales señalan una primera fase de prácticas rituales en la cima del Huizachtépetl durante el Preclásico, las cuales se desarrollaron y llegaron a su apogeo durante el Clásico con el culto de filiación teotihuacana a las deidades acuáticas; sin embargo, alcanzó su apoteosis en 1507 con los mexicas, en la última ceremonia del Fuego Nuevo celebrada antes de la Conquista. El Huizachtépetl es un sitio privilegiado para el campo de la interacción humana, pues comprende un paisaje metafórico, se sirve de sus cuevas, del dominio del paisaje, de su ubicación y de sus manantiales —hoy la mayoría exiguos— para marcar los confines de lo mundano y lo sagrado como el linde del universo pensable. Al menos así lo ha sido desde el Preclásico y ha trascendido hasta nuestros días de diversas formas como un artefacto cultural que ha demostrado un alto valor utilitario.

La devoción a la Santa Cruz se arraigó en Iztapalapa desde los primeros años de la Colonia, en el siglo xvi, cuando los misioneros instalaron una cruz de madera en la cúspide del cerro de la Estrella, en el mismo lugar donde se celebró el último Fuego Nuevo en 1507. El culto a la Santa Cruz en Iztapalapa aparece registrado en muchos mapas de la época del virreinato.

La cruz del santuario del Señor de la Cueva

Según una añeja tradición, procedentes de Etlá, Oaxaca, venían a la Ciudad de México unos peregrinos cargando una imagen de Jesucristo en posición sedente, a fin de restaurarlo. Al llegar la noche y comenzar a llover copiosamente, se refugiaron en una cueva que encontraron al pie del cerro de la Estrella. Al despertar al día siguiente y tratar de desplazar la imagen, ésta no se quiso mover, por lo que los peregrinos interpretaron que era su voluntad quedarse en el lugar.

En 1687 se construyó una ermita detrás de la cuevita y se erigió una cruz de madera. En 1738 el papa Clemente XII concedió indulgencia plenaria para quienes, confesados y comulgados, miraran el “Santísimo Crucifijo de Iztapalapa”. Entre 1833 y 1875 se construyó el santuario del Señor de la Cueva, decorado por el pintor Anacleto Escutia con escenas de la evangelización.¹ El paso del tiempo ocasionó que las varias cruces de madera erigidas en la cima del cerro de la Estrella se destruyeran, por lo que en la época moderna se levantó una de concreto, con una imagen de la Virgen María y, sobre ésta, el Espíritu Santo.

En la Semana Santa de 2004 el pintor y escultor Pancho Cárdenas reforzó la veneración del pueblo de Iztapalapa al Santo Madero al instalar en un paso peatonal que se encuentra frente al Santuario del Señor de la Cueva la llamada Cruz del Nazareno. Con el paso del tiempo y los efectos de la intemperie, la Cruz del papa —como se conoce en Iztapalapa al monumento— comenzó a perder el soporte de sus brazos y amenazaba con desplomarse. Por eso se decidió desmontarla y renovar sus brazos; la madera demeritada fue recogida y resguardada por mi persona; las astillas fueron regaladas a sacerdotes y personas piadosas que deseaban conservarlas como una reliquia.

Una vez restaurada con madera nueva, calafateada y barnizada, la cruz se reinstaló en sentido horizontal, y el martes 3 de mayo de 2005, ya colocada la remozada Cruz del Papa, se celebró un magno evento ritual en el predio de La Pasión, durante el cual se develó una tercera placa.

Colofón

El pueblo de Iztapalapa ha encontrado sentido a sus tradiciones, creencias y supersticiones desde épocas muy antiguas. Aunque la religión cristiana fue impuesta por la fuerza de la cultura, el indígena, aparentemente vencido, se las ingenió para mezclar sus creencias con el nuevo culto, al construir la imagen de un México nuevo con su maravilloso sincretismo, como se muestra en el Huizachtépetl o cerro de la Estrella, donde con toda seguridad —porque así se asienta en códices y en un proceso resguardado en el Archivo General de la Nación— se encuentran escondidos en una cueva los dioses del Templo Mayor, se sigue realizando la ceremonia del Fuego Nuevo, la representación de la Pasión de Cristo en Semana Santa, el día de Cristo Rey en la cruz de concreto y, desde hace pocos años, la veneración a la Cruz del papa.

Bibliografía

Sebeos. *Historia del emperador Heraclio* [s. p. i.].

Vorágine, Santiago de la (1982). *La leyenda dorada* [I]. Madrid: Alianza Forma.²

1. Los retablos comienzan con la adoración de los Reyes Magos y continúan con las siguientes advocaciones: Jesús en medio de los doctores de la ley, el bautizo en el río Jordán, las tentaciones de Jesús por el demonio, la curación del paralítico, la resurrección de Lázaro, la Última Cena; en la cúpula, la Pasión y muerte de Jesús, y terminan al llegar al altar, con la escena de Cristo crucificado.

2. Título original: *Legendi di sancti vulgari storiado* (1494. Venecia: Capcasa). Fray Santiago de la Vorágine, o Jacopo da Varazze, o Jacopo della Voragine (Varazze, 1230-Génova, 1298) fue un religioso dominico italiano de la orden de predicadores que llegó a ser arzobispo de Génova.